

Bellavista: la defensa de un barrio

Activismo político local*

Lucy Winchester
Teresa Cáceres
Alfredo Rodríguez
SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

INTRODUCCIÓN

En el centro de Santiago hay un barrio que data de comienzos de siglo, conocido por su peculiar y único carácter. Es el barrio Bellavista, un territorio relativamente pequeño —alrededor de cuarenta manzanas— que ha experimentado cambios dramáticos en su fisonomía urbana tras el fin de la dictadura en Chile, por un lado, y la llegada de una dinámica actividad comercial a la zona, por otro. En el último tiempo, Bellavista se ha hecho presente en la agenda pública a través de las acciones de protesta de sus vecinos en rechazo a la “Costanera Norte”, un importante proyecto vial que significaría el cruce de una autopista por el barrio.

Las protestas en torno a la construcción de la autopista Costanera Norte despertaron nuestro interés porque, a nuestro parecer, eran la expresión del deseo de la sociedad civil local de influir en las decisiones referentes al desarrollo del territorio local. Decidimos estudiar el barrio *organizado*. Lo que descubrimos fue sorprendente. Tras el velo de la Costanera Norte, encontramos una sociedad con un tejido social denso y variado cuya trama no había surgido como fruto espontáneo de la amenaza de la autopista, sino como lenta urdimbre de experiencias compartidas relacionadas con el retorno de la democracia y con conflictos de intereses vinculados al desarrollo del barrio.

El caso de Bellavista no es sólo un ejemplo viviente de ciudadanía en el Chile de los noventa, sino que también forma parte de un contexto común a muchos países de América latina: la transición democrática y el anhelo de participación social; políticas urbanas limitadas y subdesarrolladas; cambios en el uso del suelo y sus efectos en la fisonomía de los barrios tradicionales; la descentralización administrativa del Estado central y el cambio en el papel de las municipalidades; y una sociedad civil fragmentada donde recién están surgiendo nuevos actores sociales. Esta investigación da cuenta de la forma en que estos fenómenos se manifiestan en el espacio urbano, en un sentido tanto físico como político.

Reconocemos en la filosofía tras nuestro proceso de investigación¹ una profunda influencia de un artículo de Lisa Peattie (1995), relativo a la forma en que adquirimos conocimiento sobre los fenómenos urbanos. En él la autora evoca la idea de *phronesis*, esto es, la generación de conocimiento a través de un proceso participativo que incorpora nuestros valores; la dimensión del poder; familiaridad con los detalles, el comportamiento y las prácticas, e interés por ellos; el examen de un caso concreto y de su contexto; y, finalmente, “know how”, un “saber hacer” (392–393). De esta forma, y siguiendo a Caufield (1994:xiii), nos interesa documentar —“de abajo hacia arriba”— un caso concreto de los esfuerzos de la gente y de sus agrupaciones por resistir los esquemas dominantes que limitan sus posibilidades, y la forma en que estos grupos crean nuevas condiciones para el desarrollo de sus actividades sociales.

Este trabajo presenta una de las manifestaciones de la sociedad civil chilena actual: un movimiento barrial organizado² en defensa de su territorio. Intentamos reflejar el carácter de este movimiento, tal

* La investigación que sirvió de base a este artículo contó con el respaldo de Global Urban Research Initiative (GURI), del Centro de Estudios Urbanos y Comunitarios de la Universidad de Toronto.

¹ El trabajo de campo, realizado entre diciembre de 1996 y junio de 1997, consistió en entrevistas en profundidad, análisis de información secundaria, observación y talleres con actores del barrio.

² Quizás es prematuro caracterizar a estos grupos activistas políticos como “movimiento”. Obviamente no son como los movimientos sociales que caracterizaron a la sociedad civil chilena durante la dictadura militar, esto es, movimientos populares vinculados a partidos políticos.

como lo expresan sus participantes organizados y no organizados a través de sus historias, deseos, visiones, defensa y percepción del barrio. Examinamos también la conexión entre el movimiento, el Estado y el mercado; de qué forma el movimiento se relaciona con el Estado (en el ámbito local y en el central) y cómo el carácter del gobierno³ incide en las posibilidades que tiene el movimiento de influir en el desarrollo de su territorio. De esta manera, el artículo presenta un ejemplo de *urban governance* —entendido como el patrón de relaciones formales e informales entre los actores que operan en y a través de un espacio urbano y que, en tanto tales, deciden sobre asuntos relativos al desarrollo urbano— en un territorio específico: el barrio Bellavista, de la ciudad de Santiago.

LA GEOGRAFÍA SOCIAL DE BELLAVISTA

Mapa de imágenes: la mitología de un barrio

Yo le digo al cura, hay un manto que nos protege: tenemos intelectuales, artistas, bandoleros, de todo; hasta mártires: parece el manto de la Virgen del cerro San Cristóbal.
(Don Enrique)

El barrio Bellavista ocupa parte del territorio que durante la Colonia y hasta bien adentrada la República fue conocido como La Chimba —palabra de origen quechua referida al terreno al otro lado de un río—, una franja ubicada en la ribera norte del río Mapocho. Este sector a menudo se veía aislado del resto de la ciudad debido a las crecidas del río por las lluvias invernales. Como el río Mapocho era un suerte de frontera natural, separaba La Chimba del lado “oficial” de la ciudad, pese a que en sus chacras se producía gran parte de las verduras y hortalizas que consumían los santiaguinos. Heredera de esta realidad es la Vega Central, hasta el día de hoy una de las zonas más coloridas de la ciudad.⁴ En un principio se instalaron además en La Chimba los indios libertos, que allí trabajaban como artesanos. Así fue evolucionando una realidad popular que contribuyó a diferenciar esos barrios de los de la ribera sur del Mapocho.

Más tarde, vecinos notables ligados al comercio obtuvieron concesiones de tierras en La Chimba. El más notorio de ellos fue Diego Portales, de quien se conoce su afición —y la de otros connotados personajes— a visitar ese barrio en busca de diversión. Así, para sus vecinos y visitantes, el barrio añadió a su carácter popular la posibilidad de disfrutar con mayor desenfreno que en “el otro lado” del Mapocho. Sus ‘casas de remolienda’ —burdeles populares—, en que se entretenía a los clientes con vino, mujeres y música, se hicieron así un típico lugar de encuentro para distintas clases sociales.

A esta ya variada población de La Chimba vinieron a sumarse distintas órdenes religiosas: “En ese tiempo, este lado del Mapocho quedaba aislado y la gente quedaba sin auxilio de toda especie ni contacto espiritual. Entonces, la gente pidió al rey que le enviara sacerdotes que hicieran la pastoral en este lado y el rey pidió que vinieran franciscanos, y vino la Recoleta Franciscana⁵ y eran los pastores, los curas, los párrocos de toda esta gente de acá. Y ahí llegó Fray Andresito en el año 1839” (Padre Manuel). Fray Andresito fue un sacerdote franciscano de gran carisma, aún recordado por las personas de más edad.⁶ Muy cercano a los sectores populares del lugar, su contacto con los comerciantes de La Vega le permitió movilizar una red de alimentos para los más pobres.

Bellavista fue así un barrio muy heterogéneo tanto respecto al tipo de gente que allí vivía o actuaba, como en lo relativo al uso —sagrado y profano— que se le daba al espacio. Este carácter, transgresor de las costumbres consideradas “correctas”, llevó a que el sector “legítimo” de Santiago nunca lo aceptara completamente. Y ello, sumado a su aislamiento —geográfico durante las riadas invernales, y simbólico

³ E, implícitamente, el carácter del mercado en cuanto representado por intereses comerciales y por influencias económicas globalizadas: turismo, proyectos del Banco Mundial para promover la actividad del sector privado en Chile.

⁴ Aunque actualmente los comerciantes mayoristas compran sus provisiones en otras partes, La Vega sigue siendo un lugar donde es posible encontrar frutas y verduras de primera calidad, y donde perdura la vieja relación activa entre el cliente y el vendedor —“caseros”—, con el regateo como parte ritual de la compra.

⁵ La Recoleta Franciscana obtuvo la concesión real mediante una cédula real para instalarse en los terrenos cedidos por el alférez Nicolás García en 1662.

⁶ Fray Andresito sigue siendo importante hasta hoy para los sectores populares; hay un movimiento para su beatificación y son muchos los que le hacen “mandas”, promesas religiosas a cambio de favores.

en el imaginario urbano de ser los de ‘el otro lado’—, contribuyeron a que el barrio se viera obligado a generar una cierta autonomía.

Bellavista nació, entonces, con parte de la herencia de La Chimba. Según cuenta uno de sus vecinos, don Mario, quien ha visto un acta de fundación del barrio, se habría originado en 1903 como una población para obreros en tierras cedidas a ese efecto por el arzobispo Mariano Casanova. En la Encíclica *Rerum Novarum*, el papa León XIII advierte que los obreros se están apartando de la Iglesia Católica y que algo había de hacerse al respecto. En respuesta a ese llamado fue que surgieron poblaciones populares en lo que hoy son las calles Melchor Concha, Punta Arenas, Capellán Abarzúa, entre otras que conforman la actual Población León XIII, con casas pareadas, de adobe y techos de dos aguas. Por el lado poniente de Bellavista se construyeron cités en beneficio de viudas.

En los años cincuenta, Bellavista combinaba dos rasgos característicos: ser un lugar pacífico y barato. Ello atrajo a numerosos artistas, que veían en el lugar un ambiente apropiado a sus condiciones económicas, y a la vez cercano a los centros culturales. Como ya es parte de la mitología de Santiago, entre los años cuarenta y cincuenta el lugar de encuentro de artistas e intelectuales solía ser el Parque Forestal y sus alrededores: Museo de Bellas Artes, facultades universitarias, bares y cafés.⁷ La incorporación del artista como un nuevo habitante de Bellavista fue dándole un cariz más cultural al lugar: “Hay toda una historia detrás. Ahí tienen ustedes la casa del poeta Pablo Neruda, La Chascona, . También está la casa de Camilo Mori, el pintor, y la plaza con su nombre. Vivió Marta Colvin, la escultora. Vivió Juan Bórquez, un arquitecto, un teórico de la arquitectura. Y hay otros personajes, los Durán, Julio Durán... Ha sido un barrio con una vieja tradición cultural” (Sr. Márquez).

Esta cualidad de Bellavista, la de ser receptáculo de diferentes tipos de personas, da cuenta de una realidad acogedora, pero también de algo “chimbero” que expulsa ‘al otro lado del río’, a la ribera norte, a quien no se quiere en la ribera sur. Don Mario cuenta de un lugar que se llamaba “el solar”, alrededor de la Avenida Santa María, a la altura de Capellán Abarzúa: “En el año 31, cuando se produjo la gran cesantía con ocasión de la caída del dólar, en que se suicidaba todo el mundo, se produjo en las salitreras una gran cesantía y se vinieron todos los cesantes a Santiago, donde encontraron refugio en el solar... El gobierno levantó unos grandes galpones donde se refugiaban los cesantes y ahí entonces se produjo una epidemia de tifus”.

La calle Pío Nono —la principal del barrio, que nace en uno de los dos puentes que lo unen con la ribera sur del Mapocho— se convirtió en paso obligado para llegar al cerro San Cristóbal y, de esa forma, en parte del paseo dominical. La subida al cerro en funicular y la visita al zoológico eran uno de los paseos santiaguinos más populares. La gente que compraba barquillos y juguetes para los niños en la calle, fue haciéndose así parte importante de la vida del barrio.

El barrio vecino a Bellavista por el poniente es Patronato, que, al igual a La Vega, ha sido uno de sus referentes importantes. Este sector tiene una marcada tradición manufacturera textil asociada desde mediados de siglo a las familias árabes. Sin embargo, la instalación de numerosos inmigrantes coreanos, dedicados en especial a la venta de productos de manufactura asiática —un negocio más rentable que la fabricación de los productos en Chile— fue mermando la producción textil del barrio y cambiando su carácter.⁸

Esta mezcla de gente y lugares fue lenta y gradual; pero para los miembros del barrio existe una ruptura en el ritmo de evolución y carácter del barrio Bellavista. Desde principios de siglo hasta los años ochenta, mientras no fue conocido ni cotizado, había todo un ritmo de un carácter “muy pueblerino, muy propio, muy nuestro” (Don Mario). Este estilo se desdibujó cuando el barrio comenzó a convertirse en un lugar más bullicioso, con un ritmo de vida más acelerado que el que naturalmente había tenido hasta ese momento.⁹ Sus habitantes sienten, además, que parte de ese quiebre tiene que ver con una falta de respeto a la tradición que viene desde fuera del barrio.¹⁰

⁷ “El hecho de que Bellavista esté tan cerca del Parque Forestal y tan central, fue también importante para nosotros. Pero eso yo prácticamente no lo conocí. Vivieron muchos pintores por este barrio y artistas, músicos; sin ser un barrio bohemio, sino que más bien era más barato. Claro, este barrio era barato, era tranquilo, entonces... los intelectuales en aquella época no eran boyantes, no tenían mucho dinero, les costaba... Y como te digo, era un barrio tranquilo, bastante residencial”. (Sra. Ximena)

⁸ Hoy en día, este sector no presenta la cantidad de operarios, fábricas familiares y residentes de colonias extranjeras, típicos en el recuerdo de la gente a la hora de referirse a Patronato. En cambio, hay muchas importadoras de ropa, han aumentado las propiedades con este uso —incluso incursionando hacia el sector de Bellavista—, con la consecuente disminución de la población residente.

⁹ “... hubo una época muy brillante de ese cerro, muy popular, que la gente venía con sus canastos; había muchos vendedores ambulantes, venían a hacer pic-nic al cerro. Ahora no, ahora ha bajado eso. Ha bajado en el aspecto popular, pero ha subido

Existe en la memoria del barrio un hito que marca la ruptura, un corte radical entre el antes y el ahora. Ocurrió en 1985, con los “Festivales de Bellavista”, una actividad auspiciada por una organización denominada “Los Amigos del Arte”, que invitaba a la gente a las calles del barrio. El acontecimiento tuvo una convocatoria muy superior a lo que se esperaba, y se convirtió en un tipo de acción que mezclaba la cultura y la resistencia política.¹¹ Este festival anual vio su fin el año 1988, cuando en parte se trasladó al interior de los negocios que ya en ese tiempo se habían instalado en el sector. Sin proponérselo, los festivales señalan el nacimiento del actual Bellavista, un espacio para la cultura y la diversión, de convocatoria masiva y no exenta de polémica.

El mapa territorial: entre lo cultural, lo residencial y lo turístico

Bellavista tiene límites naturales muy precisos, y áreas de influencia de gran relación con el barrio. Tiene también una doble característica particular: su centralidad y su aislamiento. Se encuentra en el ombligo de Santiago, a pasos de su avenida principal, la Alameda, y del centro, donde se encuentra la mayoría de las reparticiones públicas y el comercio; cercano a los más importantes centros culturales, y a la locomoción pública hacia todos los sectores de Santiago. Esta centralidad se ve paradójicamente acompañada del encierro provocado por el río Mapocho, que corta el paso obligando a atravesar por puentes desde y hacia el centro. Esta definición territorial dada por sus límites naturales favorece cierta unidad identitaria del sector: existe la percepción de que la gente “entra” o “sale” de Bellavista desde y hacia “el resto de Santiago”.

Bellavista es un territorio pequeño, totalmente urbanizado, cuya población residencial alcanza a 7.900 habitantes (de acuerdo al último censo de 1992). La heterogeneidad de su arquitectura tiene raíces tanto en La Chimba como en tendencias más recientes de desarrollo urbano: instituciones como la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, del arquitecto Juan Martínez; casas como castillos —el taller de Camilo Mori—; casas populares de principios de siglo —población León XIII—; condominios modernos; edificios de departamentos de mediana altura, rodeados de estacionamientos y jardines; casas de fachada continua, generan un mapa de construcciones que forman una unidad dentro de la variedad.

Tres claves ayudan a describir el actual carácter del barrio: residencial, cultural y turístico. El barrio es antiguo; de origen netamente residencial y, dado su aislamiento, conservó durante mucho tiempo ribetes de pueblo pequeño. Esto le da un carácter residencial. Su centralidad y cercanía a las instancias culturales más importantes de Santiago fue atrayendo a artistas, intelectuales y artesanos que además encontraban allí un lugar de bajo costo donde vivir. En la actualidad, sigue siendo sede de espacios públicos y privados para la creación y expresión artística. De aquí viene su carácter cultural. La combinación de aislamiento y centralidad, unido al tipo de residente que se fue asentando y a su agradable aspecto, fueron gestando el carácter turístico de este sector. En diversas ocasiones estos tres caracteres que coexisten entran en pugna, se hace difícil su convivencia y, por tanto, también armonizarlos en un espacio común.

como en el aspecto de la bohemia, de la vida nocturna, la vida..., los restaurantes. Es decir, los barrios van adquiriendo un aspecto distinto, cada veinte años toman otra cara, se van modificando, son cosas vivas”. (Sra. Ximena)

¹⁰ Por ejemplo en la nomenclatura de las calles: “En la calle Ernesto Pinto, una calle que se llamaba Siglo XX, le cambiaron el nombre, comenzaron por cambiarle el nombre, el gobierno de Pinochet debe haber sido. ¿Para qué? ¿Por qué no le pusieron a otra parte ese nombre? Siglo XX era tan... se ve que era del comienzo de siglo, de gente orgullosa de haber llegado al siglo veinte, y le pusieron Siglo XX a esa calle”. (Don Mario)

¹¹ Para algunos, estos festivales marcan una realidad construida por un grupo que quería levantar una forma de acción alternativa a la realidad impuesta:

... todos esos mundos que en realidad eran como berrinches de cabro chico, claro, a todos nos gustaba tomar y drogarnos de vez en cuando, pero también nos gustaba tener una vida tranquila, feliz y cómoda, y construíamos esa comodidad, esa felicidad a partir de lo que teníamos a mano, y lo que teníamos a mano, éramos nosotros mismos, en términos de generación, de grupo de gente. No acudíamos a otras personas que no fuéramos nosotros mismos como grupo y nuestras experiencias, y nos conocíamos y, qué sé yo, era re-entretenido. (Mauricio)

Otros ven en esta realidad marcada por el hito mencionado, una amenaza:

... y entonces la calle se comió, se comió a los Amigos del Arte, se llenó la calle, donde pensaban ellos que iban a llegar 15.000 personas, llegaron 200.000 personas; entonces toda la gente andaba vagando pa' arriba y pa' abajo, como anda todavía vagando. Ahora ya hay unos locales más distinguidos; en ese tiempo, nada. (Don Mario)

El equilibrio entre los distintos caracteres de Bellavista se hace más problemático aún por la división de Bellavista en dos comunas: Providencia y Recoleta. Aunque el barrio es una unidad cultural distintiva, se encuentra administrado por dos municipalidades. Ambos se sitúan en el centro de Santiago, y son territorios urbanos netamente consolidados. Comparten una frontera que, además de dividir el barrio de Bellavista en dos, representa una frontera simbólica. En el mapa mental de los santiaguinos, esta frontera segrega la ciudad entre “los de arriba”, que incluye Providencia, y “los de abajo”, incluida Recoleta. Desde Plaza Italia hacia arriba, la ciudad de Santiago pertenece a sectores medios, medios-altos y altos, y a las casas matrices de empresas transnacionales. Desde Plaza Italia hacia abajo, a los sectores medios-bajos y bajos, a la pequeña y mediana industria y a las instalaciones del Estado central.

Esta división marca una diferenciación entre las dos comunas, sus municipios, y al interior del barrio Bellavista. Cada una de las municipalidades enfrenta los problemas locales de forma diferente, lo que contribuye a la polarización del barrio.

El mapa societal: la heterogeneidad de los participantes en el barrio

Bellavista es un lugar muy colorido, en el que vive y por el cual transita una gran diversidad de personas, con heterogéneos estilos. Bellavista es un espacio donde salen a la luz las diferencias usualmente enmascaradas en una ciudad tan segregada físicamente y tan segmentada socialmente como lo es Santiago. En este espacio se encuentran clases sociales distintas en un territorio que aparece como acogedor, y allí se dan cita también distintos usuarios de ese espacio.

Existen, en primer lugar, los *residentes* —los tradicionales elementos constituyentes de un barrio—. Entre ellos, la gente mayor que nació y se crió allí, en general de origen modesto, de un nivel socioeconómico medio-bajo. Hay residentes que se han incorporado con los años, vinculados al mundo de la cultura, entre ellos artistas que alquilan talleres en el barrio para desarrollar sus actividades. Se mezclan en el espacio barrial, gente modesta, de clase media baja, gente de clase media y gente un poco más acomodada, de clase media alta.

Lo que a nuestro parecer aún a todos los residentes es la prioridad que dan, consciente o inconscientemente, a una cierta cualidad *urbana* del lugar: su centralidad, la actividad y movimiento del barrio, el acceso a centros culturales, la heterogeneidad, y ello junto a la tranquilidad y cercanía a la naturaleza, más propios de la aldea. Esta cualidad de “vida en la ciudad” sería el principal tesoro del sector, y es el que justamente los vecinos ven amenazado por una serie de factores: despoblamiento; hostigamiento e invasión de locales comerciales; la cercanía de la violencia personificada en la droga y la delincuencia; la Costanera Norte en términos ecológicos, de congestión vehicular, de expropiaciones, de contaminación acústica; la saturación del barrio por negocios que expenden alcoholes. Frente a estas amenazas, los residentes adoptan tres estrategias: optan por alejarse del barrio en términos materiales, retirarse en términos simbólicos,¹² o se asocian en organizaciones locales; las dos primeras son más frecuentes en el lado de Bellavista Recoleta, y la última en Bellavista Providencia.

Hay también miembros importantes de Bellavista que no son residentes: los *usuarios* del barrio. Son personas con diversos niveles y estilos de compromisos e intereses —recreativos, culturales, artísticos y en relación al consumo—, que circulan por el barrio durante distintos horarios aunque no es su lugar de residencia, y demandan de él la satisfacción de las necesidades nacidas de esos intereses: los artistas que tienen sus talleres en el sector; las personas, jóvenes y adultos, que acuden a los restaurantes y discotecas o simplemente pasean por las calles en búsqueda de entretenimiento; los que van al cerro San Cristóbal, al zoológico y al funicular. Es gente que entra y sale del barrio de forma irregular, muy variada, y que no se organiza ni se siente convocada por ninguna de las organizaciones existentes.

También hay personas que tienen actividades comerciales en el sector, tanto *empleadores* como *empleados* y *trabajadores independientes*. Quienes desarrollan actividades comerciales integran una amplia categoría conformada, de una parte, por personas cuyos intereses en el barrio son puramente económicos; y de otra, por otros que combinan este factor con lo cultural, hibridándose ambos intereses en el ámbito turístico: los dueños de restaurantes y discotecas que se mueven en el barrio en forma muy influyente desde una perspectiva comercial, turística, y para algunos también cultural; los trabajadores que durante el día se acercan a Bellavista; los artesanos —comerciantes y fabricantes— que utilizan el barrio para elaborar y vender sus productos.

¹² Encerrarse en sí mismo, considerando que nada sirve, que no vale la pena participar. Estos residentes dicen que no pertenecen al barrio, ellos “sólo duermen ahí”.

Las *discotecas* proliferaron en Bellavista, hasta un punto de saturación, cuando entre fines de los ochenta y principios de los noventa se entregaron innumerables patentes de alcoholes. Esta actividad está concentrada en el lado de Bellavista Recoleta, por una política más permisiva en el otorgamiento de patentes comerciales propia de esta Municipalidad. Se trata de una de las actividades que mayor rechazo genera entre los otros participantes del barrio, dado que en el mapa mental tiende a asociársela con el consumo de drogas, venta de alcohol a menores y disturbios callejeros por rencillas al interior del local, o a sus puertas.¹³

A mediados de los años ochenta, cuando el barrio comenzó a ser muy concurrido, el estilo de las casas y la posibilidad de clientela fue atrayendo gente con la intención de instalar restaurantes en el sector. Surgieron así desde fuentes de soda con precios relativamente bajos, hasta locales caros y sofisticados. Este grupo es considerado por la población como amigable en algunos casos y soportable en otros —por ejemplo, en lo relativo al control de olores—, con la regulación adecuada.

Otro actor comercial que opera en el barrio es el de los *grupos inmobiliarios*, de los cuales hay dos importantes. Uno es virtualmente dueño de una calle; es decir, existe una calle “privada” en el barrio donde se desarrollan actividades comerciales. Otro aparentemente es propietario de unas cuarenta propiedades en un área concentrada del barrio. Sus proyectos de desarrollo no son transparentes para los otros actores del barrio y representan potencialmente un interés comercial de gran peso en el barrio.

Existen también asociaciones y relaciones entre personas que pasan a constituirse en grupos. Algunos son convocados por los espacios de participación creados por el Estado: la Junta de Vecinos de Recoleta y la de Providencia, instituciones con estatus legal y reguladas por leyes específicas. Otros forman organizaciones independientes sobre la base de proyectos comunes o de problemas sentidos en forma similar: es el caso de la Corporación Cultural de Bellavista, el Comité Ecológico, la Federación de Artesanos o el Programa de Fomento de Turismo Bellavista. De esta manera, pasan a ser actores relevantes para el barrio.

La génesis y el desarrollo de Bellavista se establecen también respecto a la relación de estos actores con las instituciones del Estado. La institución más cercana al barrio es el municipio, referente natural de las demandas; y, dependiendo de la coyuntura, también se relacionan con el barrio diferentes instancias del gobierno central y regional. Como ya mencionamos, Bellavista se divide en dos comunas y es administrada por dos municipalidades distintas, Providencia y Recoleta. Estos diferentes contextos se reflejan en el carácter del espacio urbano, y también en la relación de la municipalidad con el barrio y sus agrupaciones.

Providencia es una comuna antigua y tradicional, de carácter residencial y comercial. Su población residente es relativamente homogénea, formada por sectores medios y medios-altos, aunque en los últimos años se ha visto un paulatino proceso de despoblamiento de la comuna. Su gobierno local, al igual que el territorio, está bien consolidado, con un nivel de tecnificación mayor que el promedio de las municipalidades chilenas. Es uno de los municipios con mayores ingresos propios en el país y aporta —en conjunto con los municipios de Vitacura, Las Condes y Santiago— un porcentaje de sus ingresos por patentes al Fondo Común Municipal, un fondo municipal nacional redistributivo.

Recoleta, a diferencia de Providencia, es —en tanto unidad administrativa— una comuna nueva y heterogénea, creada en 1992 producto de las reformas administrativas de 1981 que dividieron a Santiago en 34 comunas. El territorio de Recoleta está conformado por áreas anteriormente pertenecientes a las comunas de Santiago y Conchalí. Es una comuna comercial, industrial y residencial de sectores principalmente de ingresos medios y bajos, con bolsones de pobreza. Vive un notorio proceso de despoblamiento, debido a la instalación de la pequeña y mediana industria en casi toda la comuna. Su municipio, que lleva cinco años de funcionamiento, enfrenta una diversidad de problemas comunales. Un funcionario nos indicó que el municipio, en general, percibe la existencia de demandas que superan las facultades municipales para responderlas. Además, el municipio aún se esfuerza por obtener legitimidad frente a su comuna.

¹³ Los dueños de discotecas se defienden diciendo que esto no es así, que ellos cumplen las ordenanzas de emisión de ruidos y que, por tanto, se apegan a la ley. Además aluden al carácter de entretenimiento del barrio y consideran que son parte de su realidad, un elemento más y no un problema.

“URBAN GOVERNANCE” Y EL ESPACIO PÚBLICO LOCAL

En el espacio público se manifiesta la interconectividad de las decisiones políticas y sus resultados sobre el uso de los recursos económicos y sociales para el desarrollo. Es ahí donde convergen las decisiones y se hace manifiesta la interdependencia entre los actores del mercado, de los distintos sectores sociales de la sociedad civil y del Estado. Y es ahí donde el sistema de toma de decisiones resuelve los problemas y conflictos sociales, económicos y políticos generados por el proceso de desarrollo (Rodríguez & Winchester 1996:76). La forma en que el sistema resuelve los conflictos de intereses y la distribución subsiguiente de los costos y beneficios depende tanto del régimen político, como del proceso de definición y toma de decisiones, y de la capacidad para implementarlas y ejecutarlas.

La posibilidad de participar efectivamente en este sistema de toma de decisiones —o el espacio público local— depende de las capacidades de los actores locales y el carácter del espacio público local. La participación en este espacio también se mide por la distribución de poder entre los actores y la forma en que estos actores lo ejercen.

¿Qué tipo de capacidades tienen los actores locales en Bellavista? ¿Cuál es el carácter del espacio público local?

La perspectiva de *urban governance* —esto es, según dijimos, el patrón de relaciones formales e informales entre los actores que operan en y a través de un espacio urbano, y cómo ellos deciden sobre el desarrollo urbano— nos ayuda a elaborar una respuesta a esta pregunta. Esta perspectiva nos hace ver que el espacio público urbano no está representado únicamente por la institución de gobierno local. Participan en este espacio público no sólo las instancias gubernamentales —el municipio, el gobierno regional, las instancias locales del gobierno central—, sino también los actores que están fuera de la esfera del Estado: el empresariado local, nacional e internacional; los partidos políticos, los movimientos sociales, las ONG (Rodríguez y Winchester 1997).

La identificación y categorización de quienes fundan y determinan a Bellavista, no basta para dar cuenta de la dinámica que se genera en su interior. Los participantes del barrio —cualquier individuo, organización o institución que contribuye al diseño de Bellavista actual— establecen una serie de relaciones —lógicas de acción, visiones del barrio, conflictos de intereses que en ocasiones son compatibles, contradictorios en otras— que dan movimiento y colaboran o conflictúan la construcción del barrio. Hay entonces una tensión entre el barrio existente y los proyectos alternativos de barrio. Hay, además, asimetrías de poder que inclinan la balanza de las decisiones.

Una nota sobre “el barrio”

Nuestro acercamiento a Bellavista como un espacio socio-territorial intentó ser lo más libre posible. La consideración de este lugar como “barrio” partió por la mención natural y generalizada de Bellavista como tal del conocido “Barrio Bellavista”. Esto no sería extraño si fuera común en Santiago denominar así a ciertas subdivisiones de la ciudad, pero lo cierto es que la acepción “barrio” se ha restringido a muy pocos sectores de Santiago, que se caracterizan por poseer cierta identidad. La noción de identidad que se fue revelando en Bellavista tiene relación con la apropiación del espacio socioterritorial. Así, mientras no todos los habitantes se identifican con este espacio, hay personas que, viviendo en otros lugares, se identifican con el barrio.

La percepción de los límites del lugar, de las características, de las diferencias con el resto de Santiago e incluso de las competencias con otros sectores o barrios, fue surgiendo de los discursos generados por la propia gente que entrevistamos. Surgieron así elementos que articulaban la heterogeneidad del espacio social Bellavista en una unidad: “el barrio”; y otros opuestos, o ciertos conjuntos de características específicas, que reflejaban una noción más general: “los barrios”.

La unidad que se fue dibujando es un espacio social con identidad, de dimensiones y límites tanto culturales como territoriales. El barrio aparece como la construcción cultural de un territorio. La existencia de una diferenciación con “el resto de la ciudad” es un elemento eje a la hora de hablar de barrio. En este sentido, en el de un ‘adentro’ y un ‘afuera’ que marcan el barrio y la ciudad, la apropiación del espacio por quienes se sienten pertenecer al lugar hace del barrio la continuación de la casa, donde uno tiene más derechos que el que no es del lugar.

En Bellavista, esta unidad básica convive con visiones conflictivas y contradictorias acerca de cuál es la especificidad del barrio. Esto sucede porque hay diferentes perspectivas a la hora de hablar del “Barrio

Bellavista". Para unos debería centrarse en el aislamiento de principios de siglo, que le daba un toque de pequeño pueblo, con un ritmo lento y silencioso netamente residencial y pacífico. Otros opinan que la cultura es el elemento central y que el carácter acogedor y multiclase del sector es la característica que debería primar, ejemplificada en el encuentro bohemio cultural. Un tercer grupo cree que este barrio debería abrirse como la cara principal del turismo santiaguino. Cada una de las visiones de barrio llevada al extremo elimina a las otras perspectivas, ya que el valor eje de cada propuesta, como absoluto, implica la eliminación de los otros valores.

Aparte de esta multiplicidad de ideas de barrio, existe la opción por el "no barrio" —esto es, la no identificación con el lugar— que encontramos en dos tipos de participantes. Uno es el residente que se encierra en su casa, que no se considera a sí mismo como miembro del barrio, que simbólicamente opta por no vivir en él. La otra opción, más agresiva para los actores que intentan construir una visión de barrio, es la de ciertos intereses económicos que pueden generar actividades incompatibles con lo residencial, cultural y turístico que hemos mencionado. Estos intereses pueden generar acciones que despersonalicen el barrio; por ejemplo, en zonas no protegidas podrían destruirse casas para construir locales de ventas de automóviles. Esto en sí mismo no amenaza al barrio, pero claramente es una acción de "no barrio". Si este tipo de acciones se genera en gran cantidad, es posible que este otro tipo de espacio social prime, y el barrio Bellavista deje de serlo, o se inicie otra identificación distinta a la que se ha construido hasta el momento.

Frente a los intereses propiamente económicos, los intereses barriales son más vulnerables y débiles en cuanto a poder de negociación en el espacio público local. La normativa que racionalice los usos del suelo en este espacio social podría tanto proteger como amenazar los intereses barriales. En este sentido, la zona de Bellavista Providencia está más protegida, dado que cuenta con un plan seccional que regula las especificidades del uso del suelo, dando cabida a las diferentes alternativas o intereses de los participantes en el espacio barrial, incluso a los intereses indiferentes con lo barrial. La zona de Recoleta, en cambio, es más vulnerable a intereses que no consideren la noción del barrio, ya que no organiza los usos del suelo. Por tanto, las alternativas que concentran poder adquisitivo pueden anular las otras alternativas que, aunque no tengan niveles altos de poder económico, son participantes legítimos en el barrio.

Grupos organizados en el barrio

Los actores sociales que se han organizado en Bellavista presentan intereses particulares muy claros, a los cuales han dedicado mucho esfuerzo y en los que muchas veces han tenido éxitos importantes. Por lo general, las acciones de los grupos organizados no dependen de partidos políticos, de los cuales son independientes. Su ámbito de acción se centra usualmente en la movilización, el desarrollo de microproyectos, la presión pública a través de los medios de comunicación y la negociación directa con el Estado, principalmente el municipio.¹⁴ Por ejemplo, una Junta de Vecinos concentra sus esfuerzos en dos niveles: por un lado, asuntos de la vida cotidiana en la ciudad —recolección de basura e iluminación de las calles—, problemas pequeños pero muy desgastantes, que implican mucho tiempo e innumerables visitas a la municipalidad; por otro lado, hay asuntos más complejos como la saturación del barrio con licencias de expendio de bebidas alcohólicas y la definición de espacios para ubicación de los artesanos. Incluso, en un caso hubo una gestión de los vecinos para abrir un sumario interno administrativo en un municipio. En esta ocasión los residentes utilizaron los mecanismos legales del gobierno central, que dio curso a una investigación del gobierno local. Como parte de la solución del problema, el municipio dio a los residentes, a través de sus organizaciones, un cierto control sobre los permisos y patentes municipales.

Los vecinos organizados no parecen, en cambio, tener planes estratégicos a mediano y largo plazo. Hay ideales y sueños a futuro, pero ellos nacen de sus intereses particulares, sin consideraciones estratégicas que movilicen las alianzas. Fruto de intereses aislados, las alianzas son posibles pero a corto plazo, y no sin dificultades. Suelen concretarse en torno a microproyectos —un festival callejero— o en situaciones de crisis —la Costanera Norte o asaltos en el barrio—. Las alianzas a mediano y largo

¹⁴ Los residentes de Bellavista Providencia sienten que son el elemento más débil contra una serie de fuerzas que impulsan el cambio en Bellavista. Su Junta de Vecinos cree que es necesario defender el barrio en que quieren vivir, y que no debieran verse obligados a abandonarlo. Más aún, hay una clara opción por llevar a cabo esta defensa a través del diálogo, conflictivo o no conflictivo, con la municipalidad. Es con este propósito que utilizan los canales oficiales.

plazo serían indispensables para mantener el barrio Bellavista, enfrentando y cambiando situaciones percibidas como inadecuadas. Si bien éstas se saben necesarias, no parecen materializarse.

La participación social¹⁵ de quienes se reúnen en torno a las organizaciones locales no es igual. Por ejemplo, la Junta de Vecinos de Providencia tiene una alta inscripción, pero a la hora de tomar decisiones, la situación no es igualitaria. La existencia de liderazgos muy fuertes genera un doble sentimiento; por un lado, las bases a veces adoptan una actitud muy pasiva que las aleja de las decisiones; por otro, frente a la velocidad con que se producen los sucesos, los mismos dirigentes toman las decisiones rápidamente sin incluir a las bases. Otro tipo de participación es el que se ha generado en una organización independiente que funciona con gran flexibilidad en lo que concierne a la disponibilidad de los miembros participantes en ella.¹⁶

La participación de las mujeres en este tema ha sido básica. Las dirigencias de muchas organizaciones han estado ocupadas por ellas, que en la mayoría de los casos son a la vez profesionales que trabajan. Con respecto a las dirigentes, pese a que son muy capaces en cuanto a su formación profesional, a su capacidad organizativa y a su liderazgo, ellas mismas afirman casi por consenso que es hora de ser reemplazadas por nuevos contingentes. Hay un agotamiento manifiesto y se considera que es necesario un recambio que amplíe el círculo de los decisores, para así descargar un exceso de trabajo y, a la vez, mantener la organización en el tiempo.

Otra de las fortalezas, que además se ha transformado en un logro, de las organizaciones es que se han mantenido por un período de tiempo más prolongado que las organizaciones promedio de la sociedad civil chilena. Han sobrevivido a las situaciones adversas y puntuales que les dieron origen y se han posicionado de mejor forma. Todos elaboran documentos, la mayoría tiene personalidad jurídica, tienen un buen nivel técnico o se asesoran con profesionales, tienen un buen manejo de información y de los medios de comunicación, y legitimidad frente a las autoridades locales.

En resumen, la sociedad civil organizada en el barrio Bellavista posee un nivel relativamente alto de capital social. Caroline Moser (1996) define esta noción como redes recíprocas, tanto informales como formales, que se desarrollan entre las organizaciones sociales en una comunidad. Estas redes comienzan en los hogares y familias y se extienden a los comités locales de barrio, las organizaciones de mujeres, las juntas de vecinos, las iglesias, el Estado. En el caso de Bellavista, las redes se han desarrollado a través de experiencias compartidas de individuos participantes en el barrio: los festivales de Bellavista y la agrupación de residentes durante el fin de los ochenta, y las protestas en contra de la Costanera Norte y las reivindicaciones frente a los municipios en los años noventa.

Las redes del barrio Bellavista también tienen su expresión en las alianzas que se desarrollan entre los actores locales: Se producen alianzas muy fuertes entre algunos de ellos, pero mediatizadas por intereses individuales. En varios casos, la separación entre Providencia y Recoleta ha distribuido territorialmente estas alianzas—suponemos que en parte porque los problemas de cada comuna se van diferenciando—, lo que colabora a la parcialización del barrio.

Podemos decir que, en esta comunidad particular, existen organizaciones sociales locales autónomas que se han hecho legítimas frente al Estado y así se han convertido en interlocutores válidos de éste. Estas organizaciones defienden sus intereses y tienen propuestas propias sobre el desarrollo del territorio local, algunas reivindicativas, otras más proactivas. También se reconoce cierta crisis de representatividad en algunas de las organizaciones —una brecha entre la base y la dirigencia—, aunque su resultado está aún por verse en el mediano plazo.

El Estado local

Las competencias de los actores institucionales que operan en el espacio local territorial —el municipio, el gobierno regional, las instancias locales del gobierno central— predeterminan la posibilidad de su intervención directa al nivel local. El estilo de gestión —de generación e implementación de políticas— es independiente de este marco institucional. Este estilo, a su vez, refleja la disposición que tienen de aceptar y/o promover la participación ciudadana en su quehacer.

¹⁵ Utilizando las definiciones de Nicod (1997), “se entiende la participación social como la relación y el grado de involucramiento individual en las diferentes organizaciones de la sociedad civil”.

¹⁶ El presidente de esta organización comenta que este tipo de actividad debiera ser su última prioridad: todos tienen empleos, familias y otras actividades, y siendo realista, es fácil saturar a la gente. Es por tal razón que cuando un integrante se siente sobrepasado por su trabajo, o tiene algún tipo de inconveniente fuera de la organización, se le da entera libertad para que arregle su situación, sin mayores recriminaciones.

El Estado chileno ha experimentado un proceso de reforma durante los dos décadas —primero durante el régimen autoritario, después en democracia— que ha contemplado la descentralización del aparato estatal, la modernización de éste y la implementación de mecanismos democráticos en el ámbito local, el regional y el central. Hoy en día existen elecciones directas de las autoridades locales y nacionales. Las competencias para la planificación del desarrollo han sido traspasadas desde el nivel central a niveles regionales y locales. Este proceso, sin embargo, ha sido lento y parcial. Los municipios, y los gobiernos provinciales y regionales, aún son muy débiles en comparación con el gobierno central y carecen de los atributos y recursos humanos y financieros para efectivamente incidir en el desarrollo económico de sus territorios.

No obstante lo anterior, el municipio es la entidad administrativa más cercana al barrio. Es autónomo del Estado central y tiene funciones específicas en relación a la planificación urbana, el desarrollo económico y social, y la organización del territorio. La elaboración del plan regulador comunal, que define los usos del suelo, es de particular importancia en este sentido.

No tenemos elementos para *evaluar* la gestión municipal en relación al barrio Bellavista. Nuestro acercamiento a la investigación ha sido desde la perspectiva de la sociedad civil organizada hacia el Estado. A pesar de eso, a partir de las percepciones de los actores locales —del municipio y de la sociedad civil—, podemos caracterizar cierto estilo de gestión municipal en torno al barrio.

En el caso de Bellavista, observamos que para ninguno de los municipios que rigen el territorio ha sido ni es una prioridad relacionarse con el barrio Bellavista en su totalidad. Cada municipio percibe su parte del barrio como un apéndice de su comuna, un apéndice que tiene necesidades particulares y una capacidad mayor que el resto de la comuna para resolverlas en el ámbito de la sociedad civil organizada. Esto pese a que funcionarios municipales afirman que “por sobre las unidades vecinales, que son de corte político, está el barrio, que es de corte humanista. Se espera, por tanto, un desarrollo y espíritu de barrio. Las organizaciones mientras más claras, más pequeñas y autónomas, mejor”, el tema “barrio” es un asunto problemático, dado que no es posible engarzar lo ideal con sus condiciones reales.

En el caso de Bellavista, el diálogo entre los dos municipios que comparten su administración se ve enfrentado a grandes obstáculos. En primer término, en relación con las posibilidades reales de diálogo: “... a nosotros nos agobia lo inmediato, lo urgente, estamos siempre —como los bomberos— apagando incendios. Los planos y los estudios están en segundo lugar, y ya las relaciones externas están en tercer lugar, ésa es la verdad” (funcionario municipal). Existen intereses y énfasis diferentes con respecto a un determinado territorio, posibilidades económicas y prioridades diferentes y, por sobre todo, no existe tradición de diálogo intermunicipal.

Los municipios y los grupos organizados se conocen mutuamente. Los canales de comunicación tienden de ser informales y basados en relaciones entre individuos —incluyendo la llegada directa a la alcaldía—. Son los grupos organizados, y no el municipio, quienes tienden a iniciar el proceso de comunicación y negociación donde se facilita un traspaso de información entre ambos. Esto ocurre, no obstante, con un manejo burocrático de la información característico de los municipios.

Cada municipio, a su manera, ha involucrado a las organizaciones locales en ciertas decisiones sobre el barrio. En Recoleta, la presidenta de la Junta de Vecinos tiene poder de veto sobre nuevos permisos de venta de alcohol en su sector. Y en Providencia, el plan seccional fue desarrollado con la participación activa de los vecinos del sector. La visión de los dirigentes de las organizaciones locales del municipio, sin embargo, es crítica. Esta perspectiva puede surgir a partir de distintos factores o combinaciones de factores: las actitudes de los individuos que se desempeñan como dirigentes; una tradición y dinámica contestataria de las organizaciones sociales; o que la influencia real que tienen los grupos frente al cambio acelerado en el barrio es muy pequeña.

Si bien el diálogo directo del Estado con las instancias locales se circunscribe al municipio, la tradición centralista, por un lado, y la existencia de problemas que sobrepasan las atribuciones municipales, por otro, llevan a la generación de diálogo entre grupos locales y el nivel central.

Un elemento que hace difícil el diálogo entre el Estado central y el nivel local —y mucho más difícil aún con el barrio— es el hecho de que no existen mecanismos reguladores que hagan posible la llegada a este nivel. Las vías formales de comunicación del Estado central se dan a través del municipio, y esas vías son de índole burocrática —memorandos, oficios, etc.—. Esto implica que la información se demora en llegar a las partes interesadas o sencillamente se pierde. Así, si el Estado Central quiere saber cuál es la posición de la gente, debe generar estudios, hacer consultas, en suma, salir de los marcos regulares e idear otros, con los costos que esto implica.

Por otro lado, en el nivel central se plantea que los intereses locales son muy parcelados y autorreferidos. El Estado central, en tanto tal, busca el bien común en las obras que se propone realizar; por consiguiente, es necesario mediatizar las peticiones que se generen en grupos organizados. Esto se ve reforzado por el hecho de que la sociedad chilena en general tiene poca tradición de participación; y los intereses de los pocos que participan son a veces en extremos particulares y aislados, en desmedro de los de una gran mayoría que no participa.

Un tema que en el último tiempo ha generado una necesidad de diálogo entre el Estado central, los vecinos y el municipio, es la construcción de la Costanera Norte. La idea de la Costanera Norte ha formado parte de los planes del Ministerio de Obras Públicas desde los años sesenta. Su existencia como proyecto data de principios de los noventa. Ha sido un proyecto polémico, que ha despertado la oposición de los sectores afectados por su trazado. El proyecto de la autopista se ha ido cambiando, tanto en su trazado como en su naturaleza: desde una autopista a ras de tierra a una subterránea.

Desde la perspectiva de los vecinos, la construcción de esta autopista amenaza su entorno inmediato y no contribuye a una real solución de los problemas de congestión de Santiago¹⁷. Para el Ministerio de Obras Públicas es un megaproyecto de desarrollo urbano que beneficiará a la ciudad. La posición del municipio en este escenario ha sido difícil: "Nosotros hemos quedado como el jamón del sandwich; los vecinos nos miran como si no hiciéramos nada y el Ministerio no nos da ninguna [información] y nos sobrepasa. Tratan de quitarse de encima a los vecinos y no lo logran. Se dice que 'la culpa es del municipio porque no informa a los vecinos'. La verdad es que el Ministerio no nos informa a nosotros" (funcionario municipal). Este mismo funcionario nos cuenta que aunque el Ministerio partió con el proyecto a fines de 1992, la municipalidad logró saber de ello dos años después.

Aunque este proyecto está definido por el Gobierno central, el municipio se ve afectado por él, porque una intervención de tal magnitud modifica drásticamente su territorio. Es así que el municipio intenta involucrarse como un interlocutor válido en el proceso decisonal de la autopista, dado que sus intereses también se juegan en este proyecto. A ello se une la demanda de los residentes por un pronunciamiento municipal explícito en torno al tema.

Los dos municipios involucrados han tenido distintas actitudes, según los diferentes estilos municipales, las diferentes autoridades y los diferentes tipos de impacto de la autopista en cada uno de los territorios.

En el caso de Recoleta, se intenta negociar con las autoridades centrales para conseguir ciertas compensaciones en beneficio de la comuna: por ejemplo, estacionamientos subterráneos. Este estilo no ha sido bien recibido por los residentes; ven en las autoridades una ambigüedad frente al Ministerio de Obras Públicas, que los hace sospechar que el municipio no defiende los derechos de los vecinos.

La Municipalidad de Providencia, en cambio, ha tenido una actitud de franco rechazo a la autopista y de manifiesto desagrado por la no inclusión de la perspectiva municipal en la gestación del proyecto. En este sentido, su postura ha estado mucho más cercana a la de los residentes de Bellavista Providencia, generándose así una alianza estratégica entre ellos. Esto se ve reflejado en el expedito traspaso de información entre la Junta de Vecinos N° 13, el Comité Ecológico y la Municipalidad. En la actualidad, el municipio, a través de estudios paralelos a los ministeriales, ha opinado sobre el estudio de impacto ambiental elaborado por Obras Públicas y declara que si se incorporan sus sugerencias, no objetaría la construcción de la Costanera Norte. Los residentes, sin embargo, siguen en una postura de rechazo a la construcción de esta vía.

El espacio público local

En referencia al tema de la articulación entre actores en el espacio público local —o las relaciones entre los diferentes niveles e instancias del Estado o de la sociedad civil— podemos observar actores organizados con alta capacidad de participar en el ejercicio de gobierno en el ámbito local. También observamos un Estado que no necesariamente acoge las visiones de estos grupos locales, cuyo actitud frente al tema del barrio es poco proactiva, sin un proyecto de desarrollo de barrio que dé cabida a los intereses de los grupos organizados y de los agentes privados. En este sentido, aunque los grupos organizados tienen capacidad para participar en el proceso de toma de decisiones sobre el espacio social local, encuentran dificultades para efectivamente incidir sobre el desarrollo del barrio.

¹⁷ Es así que un comité coordinador de grupos barriales contra la Costanera Norte presentó un recurso de protección que fue rechazado por los tribunales, y que hoy se encuentra dentro del plazo de apelación.

Desde la perspectiva dicotómica de la participación ciudadana —sociedad civil / Estado—, la relación de los grupos con el Estado es casi unilateral, desde la sociedad civil hasta él. La participación de la ciudadanía en la gestión estatal urbana no llega a ser ni de *concertación* —una negociación que permite llegar a un acuerdo entre la sociedad civil y el Estado para tareas definidas y objetivos precisos— ni de *cogestión* —una práctica de Estado, en la cual comparte con la sociedad civil la toma de decisiones y las responsabilidades en la gestión del desarrollo del territorio— (Nicod 1997).

Los grupos organizados tienen un cierto poder en la esfera de lo estatal, ya que tienen legitimidad en algunas instancias de Estado y cuentan con una base social amplia. Sin embargo, cuando vemos lo que realmente ocurre en el barrio, no importa tanto esta relación sociedad civil / Estado. Son los intereses comerciales que tienen que ver con el mercado los que definen en último término el desarrollo del territorio y su futuro, sobrepasando las demandas y preocupaciones barriales, lo que es posible porque el Estado no ha regulado suficientemente esos intereses, e implícitamente los privilegia. Lo paradójico es que estos intereses comerciales, emanados de quienes también son actores locales, no aparecen en el discurso de la participación ciudadana y su relación con el Estado.

El tratamiento del barrio como unidad y de sus relaciones dentro de esta frontera, no estaría completo si no se considera que existen realidades e influencias que atraviesan transversalmente al barrio y que lo sobrepasan. Estas influencias se ordenan como sistemas o subsistemas externos, que no tienen su origen ni están determinados por la existencia o mutación del barrio.

Un ejemplo de estos sistemas es el turismo, interés económico-cultural que sobrevive con o sin Bellavista. Como éste, hay una serie de temas sociales complejos que atraviesan al barrio, tales como la violencia o a la droga en todas sus fases de distribución y consumo. Estos problemas estructurales externos tienen su dimensión intrabarrial, desde el momento en que se posicionan en el escenario de las decisiones de la democracia local como determinantes del barrio, como valores encarnados en participantes internos del barrio o, en general, como elementos de preocupación y negociación en el espacio público local.

Si bien es bueno dimensionar el fenómeno barrial de Bellavista en un contexto mayor y más complejo, que nos aleja de la tentación de ver a este barrio como una realidad autónoma y autosustentable, tampoco podemos olvidar que hay una individualidad que lo diferencia del resto de la ciudad, con sus relaciones particulares que, dentro de limitaciones objetivas dadas por los subsistemas externos, tiene algún grado decisional que hemos visto reflejado en los éxitos y en las luchas ejercidas por los actores locales.

En suma, se observa un movimiento barrial activo que solamente logra preservar espacios pequeños donde reflejar su visión barrial. Este movimiento opera en un espacio público local que, si bien lo acoge formalmente, no permite que realmente incida en las decisiones sobre el desarrollo del barrio. Aparece así un Estado limitado y pasivo frente a las demandas locales, lo que da cabida a que los intereses del mercado —con o sin raíces barriales— predominen en determinar el barrio.

¿Un movimiento ciudadano?

Gabriel Salazar llamaría a este movimiento barrial un renacimiento de la ciudadanía en Chile (1996). Muy distinto a los movimientos sociales chilenos de las décadas de los setenta y ochenta —movimientos populares de disidencia política con fuerte vinculación a los partidos políticos—, este movimiento se basa en relaciones horizontales y en conquistas de microespacios por sujetos fuertemente identificados con su espacio social. Esta tipificación de movimiento es coherente con lo que Magnussen y Walker (1988) llaman movimientos sociales críticos o “‘struggles of specificity’ oriented to particular local issues, ‘struggles of connection’ oriented to identifying linkages among different kinds of issues or different realms of social life, and ‘struggles of imagination’ oriented to instituting new modes of social life and social organization” (citado en Caufield, p. 224: “‘luchas de especificidad’ orientadas a asuntos locales particulares, ‘luchas de conexión’ orientadas a identificar vínculos entre diferentes tipos de asuntos o diferentes ámbitos de la vida social, y ‘luchas de imaginación’ orientadas a instituir nuevos modos de vida social y de organización social”).¹⁸

Aunque aparentemente observamos un ejemplo de una ciudadanía activa —tanto el movimiento barrial como el contexto en el cual se mueve— se acerca a un modelo de ciudadanía asistida se

¹⁸ Harvey critica esta perspectiva de los movimientos sociales posmodernos. Ve en sus especificidades una fragmentación que es funcional a los intereses dominantes. Castells también critica estos movimientos por ser reactivos y orientados a intereses más bien inmediatos y no estratégicos (Caufield 1994:112–113).

caracteriza por tener: estratificación social; el mercado como la esfera de las decisiones más importantes; participación en función de intereses específicos, dificultad de proyectarse a mediano y largo plazo; un Estado que prioriza la inclusión social a través de la participación en el mercado. Este modelo se contrapone al modelo de ciudadanía emancipada, que considera como un valor en sí mismo la distribución equitativa. En este segundo modelo, la participación se daría en los ámbitos sociales, económicos y políticos, y el espacio público se caracterizaría por ser verdaderamente democrático (Minujín y Bustelos 1997), posibilidad aún a años luz de la situación actual chilena y de otros países latinoamericanos.

Esta situación nos lleva a la siguiente reflexión. En el discurso generalmente aceptado, se propugna la existencia de organizaciones sociales como las de Bellavista —con continuidad en el tiempo, legitimadas frente al Estado, activas y efectivas en su accionar, centradas en demandas e intereses de grupos particulares, con capacidad técnica— en toda la sociedad civil, pero sobre todo en los sectores marginados o pobres. Ellas —dice el discurso— serían una contraparte del Estado, con reales posibilidades de poder frente a las decisiones que las afectan. Se harían protagonistas, como debe ser, en el proceso de desarrollo.

Sin embargo, para las organizaciones del ámbito popular —que no tienen los medios de las organizaciones de Bellavista—, éste es un modelo difícil de cumplir. En el caso Bellavista, donde se cumple ese modelo, las organizaciones sí son contrapartes; pero, ¿cuánto es el poder real que tienen para participar en el desarrollo del barrio? Y si eso sucede con estas organizaciones casi “ideales” —con cierto acceso a los medios de comunicación, a expertos y a redes—, ¿qué queda para aquellas del ámbito popular, que se enfrentan a situaciones tanto más adversas y en forma tanto más precaria?

BIBLIOGRAFÍA

- Caulfield, Jon. 1994. *City Form and Everyday Life*. Toronto: University of Toronto Press Inc.
- Magnussen, W. y R. Walker. 1988. “De-centering the state: Political theory and Canadian political economy.” *Studies in Political Economy* 26:37–71.
- Minujim, Albert y Eduardo Bustelo. 1996. “Evasive Social Policy”. Documento presentado en el Primer Congreso del Centro Interamericano para el Desarrollo (CLAD), Rio de Janeiro, Brasil, noviembre. UNICEF, Oficina Regional.
- Moser, Caroline. 1996. “Confronting Crisis. A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities”. *Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series No. 8*. The World Bank.
- Nicod, Chantal. 1997. “La participación como elemento de cultura política”. Notas presentadas en el seminario “Articulación de actores locales y participación”. SUR, Centro de Estudios Sociales, Santiago de Chile, junio.
- Peattie, Lisa R. 1995. “An Approach to Urban Research in the 1990s.” En Richard Stren, ed. *Perspectives on the City*. Toronto: Centre for Urban & Community Studies, University of Toronto, 391-415.
- Rodríguez, Alfredo y Lucy Winchester. 1996. “Cities, democracy and governance in Latin America”. *International Social Science Journal* 147, pp. 73– 83.
- Rodríguez, Alfredo y Lucy Winchester. 1997. “ Fuerzas globales, expresiones locales. Desafíos para el gobierno de la ciudad en América Latina”. En A. Rodríguez y L. Winchester, eds. *Ciudades y gobernabilidad en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 29–60.
- Salazar, Gabriel. 1996. “Tendencias trans-liberales del movimiento ciudadano en Chile (1973-1996) (Apuntes para una teoría del cambio histórico)”. En M. Canto, ed. *Organizaciones sociales y transición democrática en América Latina*. Ciudad de México: UAM.